

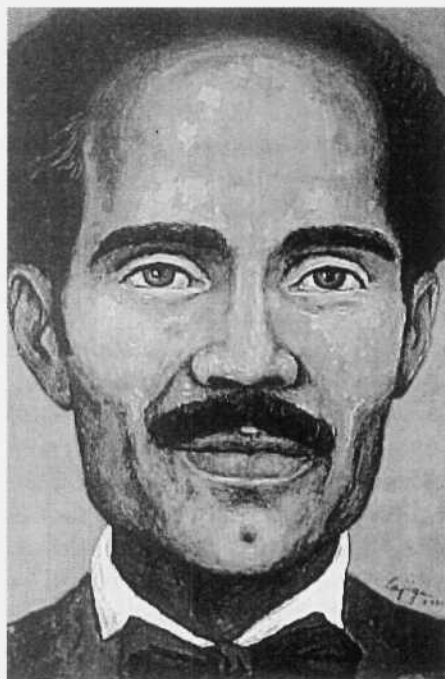
# EN BUSCA DE ALBIZU: HALLAZGO EN ARGENTINA<sup>1</sup>

José Ignacio Jiménez

*A todos los luchadores  
cristianos y nacionalistas de Nuestra América  
y de la Revolución Bolivariana que, como yo,  
descubrieron que la lucha de clases existe.*

La gigantesca figura de Pedro Albizu Campos en Nuestra América impactó a gente de las más diversas tendencias ideológicas. Desde el positivista y librepensador José Vasconcelos, luego tornado católico y conservador, en México, hasta el comunista Gustavo Machado, en Venezuela, nuestro prócer atrajo la atención de toda una generación de pensadores y figuras relevantes del continente latinoamericano. Los sectores nacionalistas de esta región lo han tenido por icono y en esa hagiografía, tanto la izquierda como la derecha —anti-imperialista en la primera y anti-hegemonía anglo-sajona, en la segunda— le han rendido loas. Tal fama tocó a los movimientos estudiantiles de los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo pasado, para ser retomada con fuerza y brío por los movimientos liberacionistas de la década de los sesenta, ejemplarizada por el memorable discurso de Ernesto Che Guevara en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el que se resalta la figura de Albizu.

Los investigadores sabemos que ha quedado mucho en el tintero y que existen fuentes inéditas sobre el andar y el prestigio de Albizu en los fondos documentales que hay sobre esa época. De hecho, sabemos que están desperdigados en mil periódicos y revistas, pero tanto la falta de índices como una disponibilidad de colecciones relacionadas con el tema, impiden un esclarecedor acercamiento a esta tarea. Tal vez si existiera una política institucional en Puerto Rico para zanjar el déficit que empobrece el conocimiento exacto de nuestra lucha nacional y su influencia en el exterior, esta lamentable situación podría corregirse. No se pretende desconocer la meritoria labor realizada por los investigadores e historiadores que, contra todo obstáculo e incluso a veces, contra todo tipo de reticencias, han sacado a la



Pedro Albizu Campos

luz los resultados de sus laboriosos trabajos. Con ellos ha quedado a salvo el honor de nuestro pueblo y Albizu ha resplandecido como una estrella en el firmamento nacional. Tampoco se trata de desconocer lo difícil que resulta recoger todo, absolutamente todo, sobre la vida de nuestro héroe, especialmente lo que al extranjero se refiere. Una exhaustiva labor de investigación a fondo en esos países, con el apoyo de los especialistas en los movimientos nacionalistas y progresistas de la época, contribuiría grandemente a eliminar estos obstáculos. Con ello se ayudaría también a desmontar la campaña post-modernista que pretende identificar a la ideología albizuista con el fascismo, primero, y con el comunismo después, descontextualizando sus planteamientos y arrojando la brasa a su sardina. Hoy, seguramente, se le intentaría vincular al llamado extremismo islámico o con los peligros del terrorismo internacional.

Desde hace tiempo, concretamente desde la militancia de la juventud en los movimientos nacionalistas en la América Latina de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, algunos de los cuales bebían en las aguas del pensamiento joseantoniano y peronista, teniendo como trasfondo la doctrina social de la Iglesia, se sabía de la simpatía que la figura de Albizu despertaba entre estos

<sup>1</sup>Una primera versión de este artículo fue publicada en *CLARIDAD*, San Juan de Puerto Rico, 12 de enero del 2006.

sectores. Era una época en que no habían surgido los aires renovadores de la Teología de la Liberación, ni se sabía del apoyo y el prestigio conseguido por Albizu entre las corrientes de pensamiento progresista. Tampoco había surgido el respaldo que la Revolución cubana empezaba a cosechar entre los sectores antes mencionados y su principista apoyo y compromiso con la causa de Puerto Rico. Esta confluencia entre católicos y marxistas, tal vez puesta de manifiesto por primera vez durante la Revolución sandinista, atrajo a importantes figuras del nacionalismo conservador latinoamericano, para esta época ya preso de una infranqueable contradicción entre sus posturas de clase y sus pretendidas convicciones anti-imperialistas. La maquinaria represora del *establishment* liberal-burgués, apoyada por Estados Unidos y Gran Bretaña, cayó con saña y dureza sobre los restos de esta ideología, que ya daba señales de deterioro y comenzaba a acomodarse a los movimientos progresistas de liberación, especialmente desde sus organizaciones juveniles. Una parte importante de los tupamaros uruguayos y de los montoneros argentinos, por ejemplo, que provenían precisamente de los planteamientos nacional-conservadores de sus padres y abuelos, abrazaron posteriormente la ideología marxista-nacionalista. Con los planteamientos de la Guerra Fría y los eventos en Cuba y Nicaragua se produjo una escisión que llevaría a muchos de los seguidores de esta corriente a la lucha anti-imperialista, mientras que otros pasarían a engrosar las filas reaccionarias favorables a las dictaduras militares y al Norte imperial. Unidos por un visceral rechazo a la hegemonía anglo-sajona en la región y convencidos de que la única manera de hacerle frente era mediante la construcción de una amplia alianza de diversas fuerzas sociales, estos movimientos sentían admiración por todos los héroes y mártires de nuestro continente, y es dentro de este contexto que hay que situar los documentos que, por primera vez, llevamos ante el lector puertorriqueño y latinoamericano en general.

Antes de transcribirlos, debemos decir algo sobre su autor. Juan Carlos Goyeneche, prominente figura del nacionalismo católico argentino, militaba dentro del sector hispanófilo y clerical de esa tendencia. Como casi todo miembro de ese movimiento, el periodista y activista argentino vio con simpatía la primera etapa del peronismo, para luego convertirse en uno de sus oponentes más tenaces, habida cuenta de los enfrentamientos del primer mandatario argentino con el episcopado católico de su país. Febril entrevistador, se había reunido con Mussolini, Von Ribbentrop, Pío XII, los generales Petain y De Gaulle, Salazar, Goebbels, Trotsky, Churchill y Roosevelt, y en España conoció a Franco. Fue blanco de una tenaz campaña desatada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que lo acusaba de simpatías pro-germanas y fascistas durante la Segunda Guerra Mundial.

No formó parte de la evolución política hacia la izquierda experimentada por algunos de sus correligionarios, pues sus convicciones integristas y pre-Concilio Vaticano II, unidas a su resuelto anticomunismo, se lo impedían. Su acercamiento a Albizu —pude saber años después— fue de la mano del historiador Roberto Beascochea Lotta, joven nacionalista puertorriqueño que, como él, contaba con muchos contactos en la España de entonces y formaba parte del entorno del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

El encuentro se dio en 1947, con motivo de la celebración en San Juan del Congreso Panamericano de Historia Municipal, al cual asistieron muchos historiadores latinoamericanos, entre ellos el joven Beascochea y Goyeneche. Este último, que ya sabía de Albizu no sólo por la simpatía que su figura despertaba en España y en Argentina, sino también a través de su amigo José Vasconcelos, pidió verlo, y tres años después publicó el primero de sus reveladores trabajos.

Es en su artículo sobre la situación de Puerto Rico, bajo el sugerente título de *El telón de terciopelo (Dinámica social)*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1950), que Goyeneche expresa su particular apoyo a la independencia de nuestra Patria. Preso de su ideología clerical y anticomunista, el periodista argentino advierte contra los “peligros” del protestantismo en la isla y obvia el legado africano de los puertorriqueños, atribuyéndoles una exclusiva ascendencia europea. Su acercamiento al colonialismo en Puerto Rico es esencialmente de corte occidentalista y cristiano, apelando siempre a los factores morales y éticos que lo desautorizan y duras son sus palabras contra los desmanes culturales y sociales del Imperio en la isla. Hace también una dramática llamada a la conciencia del Continente, cuando afirma que hay que intentar levantar algún extremo del telón que cubre nuestra situación colonial, para no sentirnos obligados a ella con la gratitud carnal de quien, ignorante de las causas de un hecho que compromete su honor, se evita así fastidiosos conflictos de conciencia. Pero es con las proféticas palabras de Albizu con las que cierra el artículo, en donde se reflejan la cautela y el eclecticismo de nuestro prócer y en donde se demuestra una vez más su resistencia a quedar enmarcado dentro de las ideologías internacionales en pugna en aquel momento, las cuales no siempre respondían a la realidad concreta de Puerto Rico, ni a las exigencias de su desigual lucha contra el Imperio. En ellas, Albizu más bien apunta a las contradicciones de los argumentos de los adversarios de nuestra Independencia, y señala con tino el reto ético que para el resto de América encarnaba nuestra batalla. He aquí el texto de las palabras del periodista argentino y las del propio Albizu:

Por esto, cuando sólo se ve surgir en la actualidad, detrás de las dos ideologías en lucha, un penoso afán de



servidumbre y el terror de afrontar en soledad el deber propio, aparece rodeada de grandeza la ejemplar figura de don Pedro Albizu Campos —ese gran desamparado, ese gran desconocido por la frivolidad y el miedo— de quien tuve el honor un día, hace tres años, que estrechaba mis manos entre las suyas leales, al tiempo que me decía:

“Cuando usted sienta que la sangre corre nuevamente por las calles y los campos de Puerto Rico, oírá decir que somos fascistas si éstos continúan siendo el espanto de los débiles; comunistas, si se llega a la ruptura con los aliados que hoy los ensalzan; cristianos, si el circo atrae nuevamente a las masas y se las sacia con carne de mártires. Sin embargo no somos más que un pobre pueblo abandonado de todos en su lucha por sus más elementales derechos. Y esa sordera ante nuestras demandas, esa ceguera frente a nuestra desgracia, hará más en contra de Occidente, por lo que tiene de degradación y de miseria moral, que las más hábiles y persuasivas tácticas del Soviet para corromper desde fuera sus cimientos. Llévase esta gran verdad consigo: En Puerto Rico se decidirá si en América ha de triunfar el derecho o la fuerza”.

El encarcelamiento de Albizu y el impacto que su sacrificio había provocado en Latinoamérica, vuelve a ocupar la pluma de Goyeneche ocho años después. El 30 de diciembre de 1958 la revista *Azul y Blanco*, de Buenos Aires, publica una entrevista con él, luego de asistir al Congreso de la Cultura Hispanoamericana de Bogotá. En ella vuelve a referirse a Don Pedro:

P: ¿Es la primera vez que viaja Vd. por América?

R: Es la cuarta vez que lo hago en el curso de veinte años y he podido, por lo tanto, observar su gradual transformación económica y política. En cuanto a su desarrollo político, puedo decir que aquellos fervorosos grupos minoritarios con ideas nacionales que conocí en mis primeros viajes, se han convertido hoy en arrolladoras corrientes de opinión. Qué lejos estamos de aquellos tiempos en que mi gran amigo, don Pedro Albizu Campos, me decía en Puerto Rico que la causa de la independencia de su patria era indiferente para el resto de América, hoy que no existe casi capital americana donde no haya un comité por la liberación del admirable líder, preso y enfermo, desde hace años. Ante el fenómeno general de la quiebra de los partidos liberales, los

movimientos de tipo nacionalista son los únicos capaces de realizar la transformación social y económica que América pide a gritos; y también los únicos capaces de contener las amenazas del comunismo, que prospera en la medida en que no se dan soluciones a esos grandes problemas. El caso del M.N.R. en Bolivia es bien elocuente; y los otros días en Montevideo, don Luis Alberto Herrera nos decía: “Ahora sí tendrá sentido histórico la creación en Buenos Aires del movimiento de Artigas, caudillo de la Patria Grande.”

Como dato curioso, Luis Alberto Herrera, caudillo del conservador Partido Blanco del Uruguay e infatigable luchador contra la presencia militar norteamericana en su país y contra la influencia histórica de Gran Bretaña en esa región, escribió luego al Che Guevara para apoyar su tesis de unidad latinoamericana y combatir a esos demonios familiares. De las filas de su movimiento, como he dicho antes, saldrían muchos de los jóvenes que luego fundarían a los Tupamaros.

Como afirmo al principio de este artículo, en los momentos en que Albizu es entrevistado nuestro continente no conocía todavía los planteamientos renovadores de la Teología de la Liberación, ni hacían sentir su impacto sobre los movimientos nacionalistas del momento las revoluciones cubana y nicaragüense. No fue difícil entender cómo los postulados anti-imperialistas de los mismos se entroncaron sin dificultad con el ideario del nacionalismo histórico, tendencia que el propio Albizu pone de manifiesto en algunos de sus últimos discursos, cuando percibe el carácter tercermundista de la liberación de los pueblos y elogia la lucha contra el colonialismo en China, Sudáfrica y la India. Ya desde entonces Albizu favorecía un enfoque más internacionalista de esta lucha contra la dominación imperialista. Los años de su encarcelamiento en los Estados Unidos y su contacto en prisión con destacadas figuras del pensamiento progresista de ese país, habían dejado mella en su pensamiento, evolución evidenciada por los enfoques progresistas antes mencionados, que lo acercaban cada día más a las luchas anti-colonialistas que se libraban en el mundo en el momento en que cae enfermo y es hospitalizado.

La nueva realidad que vive Nuestra América y los retos que significa la incursión de las amplias masas de nuestros pueblos en este proceso —el Socialismo del siglo XXI, en palabras de Hugo Chávez Frías— nos invita a replantearnos nuevos caminos y modos de lucha. Puerto Rico no puede quedar ni rezagada ni ausente de este desafío, que ya Albizu había vislumbrado cuando con su prédica y ejemplo llevó nuestro mensaje de libertad y soberanía a los cuatro confines del continente. ☐

---

José Ignacio Jiménez. Historiador e investigador puertorriqueño, residente en Caracas y especialista en asuntos caribeños. Asesor para asuntos internacionales del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y del Caribe, de San Juan. Colabora en el seminario independentista *CLARIDAD*, de la capital puertorriqueña, y es Secretario de Relaciones Internacionales de la Fundación Casa Bolívar de la Habana.